

ten lagunas é imperfecciones. Lo cual no es, sin embargo, parte para desalentarme ni hacerme desistir de la empresa; al fin se trata de erigir en honor de una de las mayores glorias católico-literarias de España un monumento digno de su fama, construído con oro puro y piedras preciosas, primorosamente bruñidas, en que se reflejan las líneas y contornos principales de la ciudad de Dios: ¿qué importa, pues, que en la ordenación, por decirlo así, mecánica de esta fábrica, se noten algunos defectos y se echen de menos algunos remates que la hicieran más acabada y perfecta? Atribuyánseme, por tanto, á mí solamente todas las faltas que hubiere, aunque sin negárseme por esto el honor de haber contribuído de algún modo con intención recta á la gloria de Dios, que con tan hermoso fulgor resplandece en las admirables producciones del Marqués de Valdegamas.

*J. M. Orti y Lara.*

## NOTICIA BIOGRAFICA

Et cum iter faceret, contigit ut appropinquaret Damasco: et subito circumfulsit eum lux de coelo.

Act. Apost., cap. IX, v. 3.

I  
Don Juan Donoso Cortés vino al mundo cuando entraban á tomar posesión de nuestra patria las ideas francesas, que ya desde fines del siglo XVIII habían obtenido carta de naturaleza y benévolo hospedaje en la corte de Carlos III. Los ejércitos de Napoleón acababan de invadir la provincia de Extremadura, y en son de conquista ocupaban las fértiles regiones donde se mecía la cuna de Hernán Cortés. Entre los moradores del territorio ocupado que abandonaron sus hogares á la merced del invasor, contábase D. Pedro Donoso Cortés, descendiente del héroe extremeño, en compañía de su esposa D.<sup>a</sup> Elena Fernández Canedo, la cual se hallaba en el término ya de su segundo embarazo; circunstancia que les obligó á detener su marcha de fugitivos en su heredad de Valdegamas, situada á cuatro leguas de Don Benito, pueblo de su residencia. Bien pronto la joven esposa, acometida en medio del campo por los primeros síntomas de su alumbramiento, fué precipitadamente conducida al próximo pueblecito, llamado el Valle de la Serena. Allí nació en 6 de Mayo de 1809 D. Juan Donoso Cortés. "Había en la parroquia del Valle—dice con exactitud su ilustre biógrafo, el Sr. Conde de Montalembert—una imagen muy venerada de la santísima Virgen, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Salud. La joven madre quiso que su recién nacido fuese ofrecido en el altar de aquella imagen, y que llevase su nombre. Recibió en el Bautismo los de Juan Francisco María de la Salud., Pudiera añadirse que el piadoso instinto materno quiso poner aquella cuna

bajo el amparo de la que es *Asiento de la Sabiduría*, como si adivinara el rudo combate que, en nombre de la fe y con auxilio de la humana ciencia, había de mantener su hijo con las ideas que penetraban en España cuando él entraba en la vida.

Y sin embargo, era inevitable que la inteligencia de aquel niño encontrara ante sí, como primer asunto de sus meditaciones, aquellas ideas. Ni la piadosa educación que recibía en el seno de su familia era bastante á evitar el contacto de otros pensamientos que había de encontrarse á su entrada en el mundo; ni los ejemplos constantes del hogar doméstico podían hacer en su mente más poderosas las tradiciones allí depositadas, de lo que debían serlo al cabo las violentas agitaciones del espíritu, las nuevas pasiones, los nuevos intereses, que constitufan la vida moral é intelectual de nuestra España desde la guerra de la Independencia.

Ya en su más temprana edad mostraba el niño aquella energía de inteligencia, aquella curiosidad avara que determinan la índole de su espíritu, singularmente contrastada por aquella suavidad de afectos que formaba la base de su carácter. En sus juegos, como en sus estudios infantiles, empezaba á mostrarse aquella naturaleza profundamente antitética, cuyo detenido análisis es sin duda lo único capaz de explicar las aparentes contradicciones de su vida y de sus pensamientos.

Hay razón para creer que debían serle trabajosos y poco gratos los estudios que versan principalmente sobre la forma externa de los pensamientos: en algunos ensayos literarios de su primera juventud se ve ya su característica rebeldía contra los preceptos gramaticales, y sobre todo, un notable descuido de las reglas de ortografía. Fué siempre poco apto para el estudio de las lenguas; y en cuanto al francés, que llegó á poseer con bastante dominio, costóle siempre mucho pronunciarlo con una acentuación medianamente propia. En cambio, desde muy niño mostró especial atención á los estudios históricos; y como prueba de la afición constante que les consagró, bastará decir que, entre sus apuntes de más antigua fecha, hay uno, probablemente de 1824, que es todo un resumen breve, pero exacto y comprensivo, de Historia universal, y en el cual lo más singular no es tanto su exactitud y comprensión, como la índole de las notas que lo ilustran. En todas ellas se ve distintamente la intención de señalar principios, más bien que hechos; caracteres generales de cada época, más bien que sucesos particulares. Ahí va un solo ejemplo, que es bien característico. Está resumiendo la historia de Grecia, y menciona las empresas que se verificaron

antes de la guerra de Troya: cita la expedición de Jason y la liga de los Príncipes del Peloponeso contra Tebas por los acontecimientos de la familia de Edipo, y añade: "La primera manifiesta que dominaba entonces la unidad individual; la segunda fué un progreso, porque manifestó que había llegado el dominio de la unidad de familia; la guerra de Troya fué ya la señal ostensible del dominio de la unidad de nación; y la de Persia, de la unidad de principios; lo que era en aquel período la Grecia, lo es ahora el mundo."

Estas eran las ocupaciones y las aptitudes intelectuales de aquel adolescente de catorce años. Teniéndolas presentes, se explican el desdén y el escaso aprovechamiento con que estudió las ciencias que sólo se extienden al dominio de los hechos. Sus maestros de Ciencias físicas y matemáticas jamás pudieron hacerle un discípulo aplicado; y en cambio, en Salamanca, donde estudió Lógica y Metafísica á la edad de once años, había dejado fama de buen estudiante.

No se tendrán por inoportunos estos pormenores, que nos muestran al hombre desde sus primeros pasos, emprendiendo la vía donde más ha progresado su talento, y que, determinándonos las aficiones y aptitudes de su adolescencia, sirven en gran manera para explicarnos todo el desarrollo de sus facultades en su juventud y en su edad madura.

Ya hemos dicho que tenía once años cuando emprendió sus estudios superiores en la Universidad de Salamanca; es decir, corriendo el año de 1820, en los albores de aquella primera restauración del constitucionalismo liberal, que tan mal ensayo había hecho de su fuerza y de su crédito en 1812. El imberbe escolar de Lógica, interesado con todo el ardor de la juventud en el espectáculo de aquella revolución social y política á un mismo tiempo, discípulo necesario de aquel filosofismo que entonces invadió las aulas universitarias, y con una organización tan idónea para apasionarse por toda idea nueva, parece que, pertrechado con relucientes arneses de miliciano nacional de Caballería, se hizo notable en la Universidad por la exaltación de sus opiniones y de su conducta. Pero esta exaltación, lejos de matar en flor, como pudiera haberse temido, su precoz inteligencia, sirvióle de estímulo para examinar los fundamentos racionales de aquellas doctrinas, que instintivamente amaba; y llevado por su propia inclinación y por el ajeno ejemplo, se dió desde entonces á devorar los libros que por aquella época estaban en boga. Poco tiempo le bastó para recorrer desde la *Enciclopedia* hasta Benjamín Constant; y como, por otra parte, nunca abandonaba sus

estudios históricos, bien puede afirmarse que al salir de la pubertad estaban ya completamente formados en su espíritu el gusto y la aptitud para los estudios histórico-políticos que constituyen el fondo de cuanto ha escrito y pensado, y que hoy se determinan con el nombre específico de Filosofía de la historia.

O porque su familia temiese las consecuencias de aquella infantil exaltación, ó porque quisiese tenerle más cercano de sí mientras terminaba sus estudios de Filosofía, mandóle á continuarlos en el Colegio de Cáceres, titulado de San Pedro, donde cursó los dos siguientes años escolares. El último de éstos, cuya asignatura era la Filosofía moral, se contaba entonces como primero de la carrera de Jurisprudencia; y por esta circunstancia se encontraba el joven estudiante á los catorce años de su edad en el segundo de los estudios mayores, que en Octubre de 1823 emprendió en la Universidad de Sevilla.

Quedaba por entonces cerrado el paréntesis liberal de 1820. La restauración monárquica de 1823, menos prudente que recelosa, venía á comprimir los desahogos, pero no á cortar los vuelos, porque esto era imposible, de aquel espíritu audaz que se lanzaba tan temprano en los espacios de la ciencia. Con menos recursos, sin embargo, y con menos libertad para seguir el camino que había comenzado; cuando, mitigado ya el primer embate de la reacción política, y á favor de la obscuridad en que se veía forzosamente encerrado, pudo creerse seguro nuestro escolar para proseguir sus tareas, convirtió su actividad al cultivo de las bellas letras, que hasta cierto punto eran el único estudio libre de nuestra España en aquel tiempo. Su íntimo amigo y compañero de entonces, el Sr. Pacheco, refiere que, cuando vencido lo más arduo de sus comunes estudios académicos, habían obtenido los dos, no sin lucimiento, el grado de bachilleres en Jurisprudencia, preguntándose mutuamente qué harían de sus personas para aprovechar el tiempo, acordaron dedicarse á hacer versos. Y dicho y hecho: después de estudiar las reglas del arte, buscados el modelo y la inspiración en las poesías de Meléndez, y constituidos en fundadores de una especie de privada academia, donde, con otros compañeros de su edad é inclinaciones, se criticaban y alentaban recíprocamente, los dos bachilleres se dieron á urdir anacreónticas y sonetos. Nuestro filósofo se trocó entonces en un bucólico Batilo, que tuvo su correspondiente Dorila á quien consagrar enamoradas endechas; mientras, por otro lado, con vena menos inocente, si bien más peligrosa, calzaba el coturno y escribía su tragedia *Padilla*, desahogo patriótico y literario á un tiempo

mismo, que si bien debió mostrar á su autor que no había nacido para poeta dramático, descubrióle el secreto de su vigorosa imaginación, fecundando en ella el oculto germen de la incontinencia de formas con que después ha decorado sus magníficos pensamientos

“Ni esperéis de él—dice el Sr. Pacheco en su última oración académica, en respuesta al reciente discurso del Sr. Baralt—el depurado gusto que significa serenidad ni prudencia, ni esperéis la moderación que se deriva de la duda ó de la templanza. Es un retoño del antiguo genio cordobés el que nace y se ostenta al mundo con su valentía, con su desenfado, con su negligencia tradicional; es otro Lucano, que prepara una nueva Farsalia escribiendo la tragedia *Padilla*; es otro Góngora, no despeñado aún en sus delirios, sino desenvolviendo las tendencias de Herrera, el gran imaginador; pero un Góngora quizá más inflexible y menos variado que el autor célebre de *Angélica y Medoro*; capaz de sobrepujarle en sus canciones, incapaz de seguirle en sus romances.”

Sin duda hay en estos ensayos del Sr. Donoso, como en todas las demás poesías que escribió posteriormente, mucho de lo que el Sr. Pacheco dice; pero hay además otra cosa, que generalmente no hay en el Góngora de las canciones, ni en todo Herrera el imaginador; porque hay culto á las ideas, hay atención muy sostenida al fondo de los pensamientos; atención que no perece ni aun se distrae nunca, á pesar de la intemperancia de las formas. El Sr. Donoso, parte por sus inclinaciones y aptitudes propias, parte por efecto de las circunstancias que habían determinado el progreso de su educación, era ya filósofo cuando se propuso ser poeta; dejó de ser poeta muy pronto, para vivir y morir filósofo, y aquí está la explicación de aquella diferencia. Puede parecer, y parece en efecto muchas veces, que deliberadamente el Sr. Donoso sacrifica la idea á la forma; pero puede asegurarse que cuando esto sucede, sucede á pesar suyo: generalmente, la intemperancia de sus formas no es sino consecuencia de haber exagerado la importancia de la idea que aquéllas revisten.

Sea de esto lo que se quiera, es indudable que durante el período á que nos vamos refiriendo fué cuando Donoso formó su gusto y su carácter literarios; cuando verdaderamente apreció la importancia esencial de las formas, cuyo estudio había hasta entonces desconocido ó desdeñado. Debióle alentar y confirmar grandemente en esta tendencia de su espíritu el ejemplo y el consejo del señor D. Manuel José Quintana, con quien el joven poeta pasaba las vacaciones del verano en Cabeza del Buey, pueblo cercano al domici-